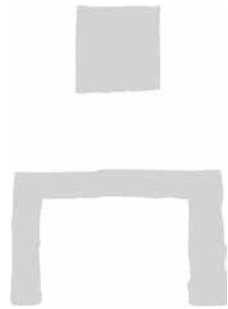


The background is a watercolor illustration of a city street. In the upper left, a dove with its wings spread is flying. Below it, a small bird is perched on a ledge. The street is lined with buildings that have a textured, stone-like appearance. In the lower center, two figures in traditional, heavy clothing are walking away from the viewer. The overall style is soft and artistic, with a warm, yellowish-brown color palette.

La primera **CARACAS** y sus esquinas históricas

Edgar Abreu

Ilustrado por Adriana Palencia





La primera
CARACAS
y sus
esquinas históricas



República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial



elperroylarana

© Edgar Abreu

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2014

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 7688300 - 7688399

Correos electrónicos

comunicacionesperroyrana@gmail

atencionalescritorfepr@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Facebook: Editorialelperroylarana

Twitter: @perroyranalibro

Diseño, diagramación e ilustraciones

© Adriana Palencia

Edición: Edgar Abreu

Corrección: Ninoska Adames

Impresión: 2015

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-2552-6

Depósito Legal: lf4022015800470

IMPRESO EN LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA



La redistribución, comercial y no comercial de la obra,
siempre y cuando se haga sin modificaciones y en su
totalidad, con crédito al creador.



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura





La primera
CARACAS
y sus
esquinas históricas



— ✦ Edgar Abreu ✦ —

Ilustrado por Adriana Palencia



Nota del autor

La historia de las esquinas de Caracas forma parte del imaginario del pueblo venezolano y de todos los habitantes de la ciudad que han salido a buscar una dirección, concretar una cita, encontrar un local o unos amigos para compartir. Desde sus inicios, como ciudad colonial, cada esquina caraqueña ocupó un lugar importante en la memoria del pueblo, en ellas se desarrollaron acontecimientos transcendentales para Venezuela, tal es el caso de la denominada Esquina de Sociedad. Otras esquinas tomaron su nombre de personajes que en ellas habitaron, como Esquina de Madrices.

En nuestro país se ha escrito sobre las esquinas de Caracas, y varias publicaciones sobre la historia de la ciudad han reunido en su contenido parte de ellas; indudablemente, no se puede hacer referencia a la historia de Caracas sin hablar de sus esquinas. Lo más importante es que ha sido el pueblo quien ha hecho de ellas parte de su identidad. Todas guardan tras de sí un cuento, una leyenda o una crónica.

Esta selección, realizada a partir de un criterio personal, reúne la historia de las esquinas que he considerado más relevantes para la identidad de Caracas y las que luego de un proceso de investigación consideré llenas de un simbolismo y una magia especial, digna de ser contada, usando un lenguaje narrativo dirigido a lectores jóvenes para incentivar la curiosidad por la historia y despertar el interés por el hecho narrativo. No están presentes todas las esquinas de la ciudad y el mismo criterio definió el orden y contenido del libro. La selección inicia con las esquinas ubicadas en el centro o casco histórico de Caracas.

También, desarrollé un recuento histórico sobre la invasión del territorio caraqueño por parte de los españoles, el exterminio y persecución a los pueblos indígenas. Este recuento, que antecede los textos sobre las esquinas, posee las mismas características en cuanto a lenguaje y se centra en el atropello y abuso que significó la usurpación de un territorio sagrado para sus primeros habitantes.



Historia de la conquista de Caracas

El valle caraqueño embellecido por los colores del Waraira Repano, montaña sagrada, ha vivido acontecimientos históricos de gran importancia para Venezuela y Latinoamérica. Entenderlo, nos lleva a un viaje hacia la fundación de la ciudad, hacia los tiempos de la Conquista española y hacia los orígenes de los primeros rancheríos. El valle en toda su extensión fue un territorio inexpugnable, es decir, una fortaleza natural que escondía en sus entrañas riquezas, minerales y tierras fértiles para el cultivo. Los pueblos originarios que la habitaban estaban encabezados por los arbacos, toromaimas, caracas, mariches y teques, tribus pertenecientes al pueblo caribe. El imperio español, en sus ansias de riquezas, enviaba expediciones desde las islas ocupadas a tierra firme, procurando encontrar el oro y la plata que financiara su poderío. Ya sabían que el valle de Caracas y las montañas mirandinas eran tierras ricas. Guiados por esa codicia emprendieron la invasión.

Fueron muchos los intentos para lograr el sometimiento de los pueblos indígenas, quienes

resistieron durante décadas, ayudados por sus conocimientos de la naturaleza y sus deseos de libertad. El primer hombre elegido para la conquista de Caracas fue Francisco Fajardo, un mestizo de padre español y madre indígena. En 1560 entró por las costas centrales y fundó el pueblo de El Collado, como honor al entonces gobernador de la provincia de Venezuela, Pablo Collado. Desde allí, Fajardo subió hasta la entrada del enorme valle, su meta era las minas de oro que se escondían en las montañas de Los Teques y la construcción de un fuerte militar. La sangre indígena de Fajardo le facilitaba la confianza de los pueblos, y el conquistador podía comunicarse gracias a su conocimiento de las lenguas. Todas las comunidades que iba encontrando a su paso por la actual Catia le regalaban piedras preciosas y adornos de oro como un gesto de amistad. Para los indígenas, el oro tenía un valor simbólico muy distinto al que le otorgaban los españoles. La ambición de Fajardo crecía, y cuando envió las muestras de las riquezas al gobernador de Venezuela, se



aceleraron los planes de saqueo. Pablo Collado desconfiaba de Fajardo, lo destituyó de su cargo de conquistador y, por eso, lo envió preso a El Tocuyo, pero el mestizo dejó abierto el camino a las minas y un rancherío cerca del valle caraqueño, el cual bautizó San Francisco. Sin embargo, Fajardo no duró mucho tiempo cautivo; al salir libre, volvió a las costas de Caraballeda y se le permitió ser alcalde de El Collado.

Al mismo tiempo, Pedro Miranda era designado regidor de las minas. Los españoles creyeron que podrían sacar las riquezas sin ningún impedimento. Filas de negros encadenados cruzaron el valle hacia las montañas, al lado marchaban los indígenas capturados en las costas. Por el Caribe, las noticias de última hora hablaban de saqueos y exterminios de pueblos enteros. Las redes de comunicación se activaron y, los arbacos, los caracas, los toromaimas, los mariches, los teques, los cumanagotos, los tacariguas, los quiriquires, los arahuacos, entre otros, se alzaron en armas. Comenzaba la gran rebelión indígena de Venezuela y el liderazgo de Guaicaipuro. Tanto Pedro Miranda como Francisco Fajardo fueron expulsados de Caracas y de las costas centrales.

A mediados de 1560 se planificó otra invasión. Esta vez se eligió a un capitán de sangre española que se llamaba Juan Rodríguez Suárez. Venía de combatir en las montañas andinas al pueblo de los timoto-cuicas, fundando la ciudad de Mérida. Era famoso por su arrogancia y su despotismo, se cuenta que lanzaba a sus víctimas a jaurías de perros cazadores. Guiándose por las corrientes del actual río San Pedro, Suárez llegó a las inmediaciones de Los Teques y fundó los primeros fuertes militares para proteger las minas. Sin embargo, el arrojado capitán debía enfrentar las fuerzas de Guaicaipuro, organizadas en guerrillas que sumaban unos nueve mil hombres. La táctica indígena se basaba en dejar entrar a los españoles hasta tierra firme y sorprenderlos en ataques rápidos. Escuadrones de mil combatientes armados con escudos de cuero, flechas y lanzas patrullaban las montañas. Los tambores de guerra retumbaban por todas partes y se organizaron expediciones de flecheros para atacar el campamento español. En un inicio, Guaicaipuro no logró la victoria y, a pesar de sus esfuerzos, los invasores seguían en las minas esclavizando a los indígenas capturados y expandiendo el fuerte



de San Francisco en el valle. En ese momento, entró en la lucha otro guerrero indígena, Yoraco, el cacique del pueblo arbaco, a sus fuerzas y tomó la vanguardia de los ataques, logró debilitar a Rodríguez Suárez, pero en medio de una sangrienta lucha cayó herido, muriendo a las pocas horas. Cuando Guaicaipuro se enteró de la tragedia envió emisarios al cacique Catia y, junto a su lugarteniente Paramaconi, organizó una respuesta militar. El capitán Suárez, con la ayuda de sus infantes y soldados bien armados, creía segura la fundación de la ciudad. Desde el fuerte de San Francisco ordenaba ejecuciones y comandaba el exterminio. Fue entonces cuando Paramaconi recibió la orden de incendiar la ranchería y partió desde las montañas con un grupo de flecheros.

El guerrero llevó a cabo su objetivo. Por su parte, los españoles en medio del desastre resistieron la embestida. Paramaconi no cesó en su lucha, y con una fuerza descomunal lideró a sus tropas que lograron expulsar a los invasores hasta las costas de la actual Caraballeda, tomando el control de las minas de oro. Suárez volvió mejor organizado para levantar de nuevo el rancho de San Francisco. No por nada,

aquel capitán había logrado fundar una ciudad en las montañas andinas. Sus soldados intentaron cruzar los dominios de Los Teques, pero en su camino debieron sortear al ejército de otro lugarteniente de Guaicaipuro, Terepaima. Con sus rostros contra el viento, los guerreros indígenas enarbolaron sus lanzas y penachos de plumas, y al grito de resistencia se lanzaron contra los colonizadores. Batalla tras batalla, los hicieron retroceder, apiñándolos contra el debilitado fuerte de San Francisco. Allí los españoles se reagruparon y organizaron otra expedición a las montañas. Sin embargo, un rebelde español le jugó una mala pasada a Rodríguez Suárez. El Tirano Aguirre venía desde las selvas del Perú sembrando la desobediencia a la Corona, robando las riquezas que encontraba a su paso y asesinando a españoles e indígenas. El gobernador Pablo Collado le ordena a Suárez enfrenarlo en el puerto de Borburata. El capitán alistó sus hombres y volvió con su arcabuz al hombro a cruzar la tierra de Los Teques, rumbo a Valencia. Al acecho estaba Guaicaipuro, quien junto a Paramaconi lo sorprendió. Hasta allí llegó la suerte de Rodríguez Suárez. Aunque resistió con valentía, las guerrillas de Guaicaipuro lo

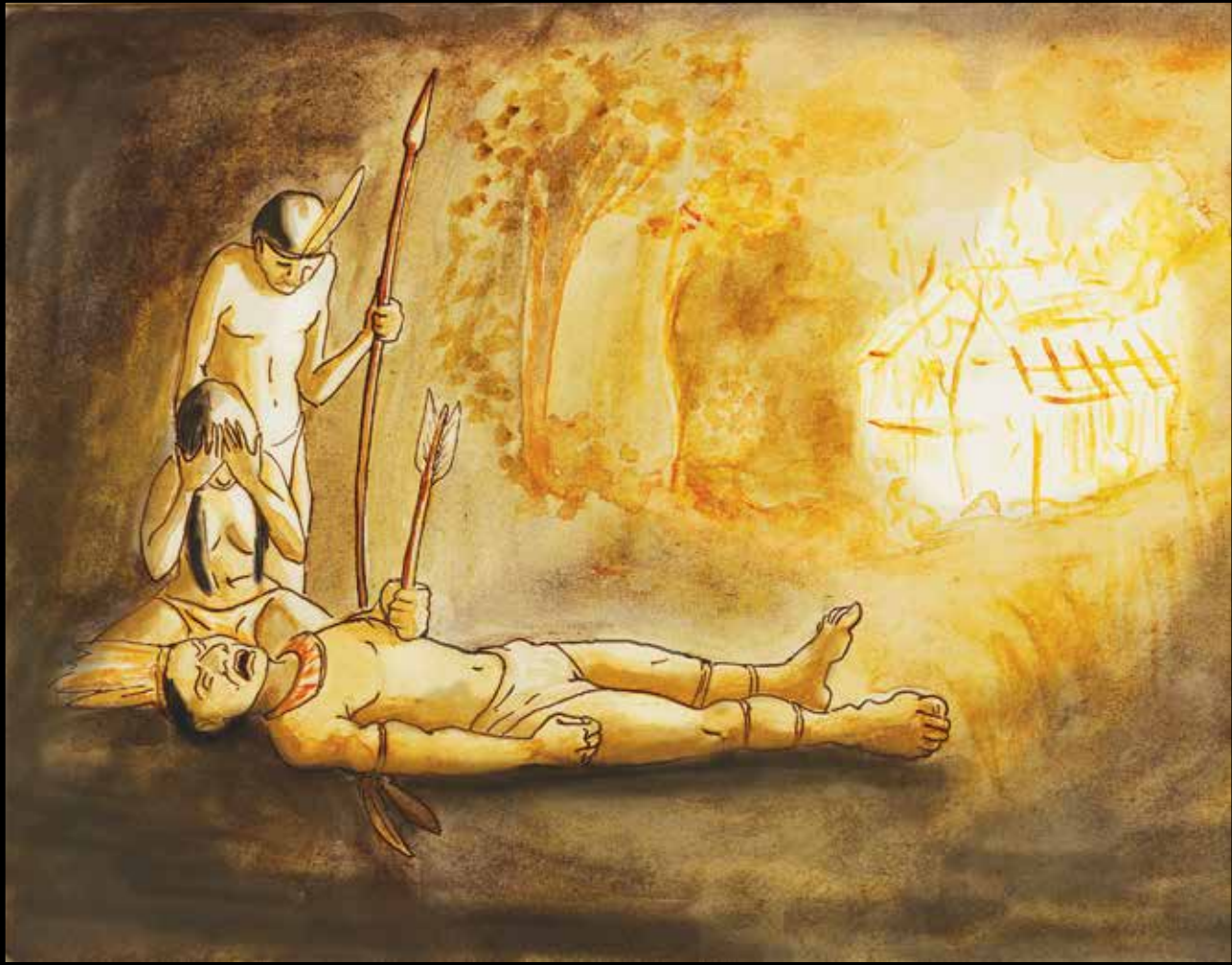


siguieron en su retirada, dándole muerte. Luego de estos hechos, los pueblos indígenas de Caracas siguieron haciendo frente a los españoles, y durante un tiempo ningún capitán de su majestad se atrevía a entrar en el valle. La Corona destituyó a Pedro Collado como gobernador de la provincia.

En 1564, Francisco Fajardo aún tiene fuerzas para emprender otra conquista, pero el nuevo gobernador, Alonso de Bernáldez, tampoco confía en el mestizo. A pesar de ello, Fajardo reunió a sus hombres, entre ellos cientos de indígenas aliados. Salió de Margarita con destino a Caracas. Pero de nuevo los pleitos entre los conquistadores ayudaban a la resistencia indígena. En Cumaná, Fajardo fue capturado por Alonso Cobos, un viejo enemigo, quien lo enjuició por traición y pactos con los pueblos costeros. El propio Cobos lo ajustició con sus manos. De esa manera, terminó sus días el ambicioso capitán. En los meses siguientes a su muerte, Alonso Bernáldez exploró las tierras de Los Teques, y un centenar de guerreros le hizo frente, obligándolo a huir.

Aquel triste gobernador no logró convencer a nadie de sus planes. Al parecer se hundía en

la melancolía y contaba el ir y venir de las olas del mar, soñando con encontrar desprotegido a Guaicaipuro o capturar al esquivo Paramaconi. Esos sueños eran vagas imágenes que ni él mismo se creía. Ya la Corona estaba harta de intentos fallidos, quería las minas y las riquezas del valle a como diera lugar. En 1565 Pedro Ponce de León fue nombrado gobernador de Venezuela. Este sujeto no estaba dispuesto a perder el tiempo, lo primero que hizo fue pedir refuerzos en armas y animales de carga y alimento. El rey le exigió resultados rápidos y le pidió que escogiera a un hombre de agallas. Para esa época, Diego de Losada era el mejor capitán de las fuerzas españolas en Venezuela. Ya había participado en varias expediciones y en la explotación de minas a las afueras del actual estado Lara. El gobernador Ponce de León le facilitó las armas y los soldados, además, le proveyó una gran cantidad de armaduras. En 1567 salió el ejército de Losada desde El Tocuyo con sus lanzas y caballos presto para la batalla. Como era común, en ese ejército iban alistados grupos indígenas unidos a los españoles. Ellos formaban parte de la estrategia aplicada por el imperio español: “Divide y vencerás”.



Tenemos entonces el escenario perfecto para una invasión a gran escala. Losada pasó por Nirgua, atravesó Valencia, se internó en las tierras de Maracay, avanzó rápidamente con sus hombres por los caminos abiertos en las otras expediciones y llegó a las cercanías de Los Teques. Aquellos capitanes españoles tenían experiencia en la guerra, poseían conocimientos de estrategia militar, y en sus manos había terminado la vida de muchos indígenas en otras regiones de América. Eran expertos en el exterminio y mercenarios para quienes no había honor en el combate ni respeto a la vida. Cuando los teques vieron las banderas colonizadoras desde las montañas armaron a sus escuadrones de guerreros y se lanzaron a la lucha, Guaicaipuro levantó su penacho de plumas, y lanza en mano, dirigió las operaciones. Desde las riberas del Guaire aparecían los toromaimas en oleadas de miles, cayendo frente al fuego de los arcabuces. Los tarmas, los mariches y los arbacos combatieron con sus cuerpos desnudos el avance de la caballería española. Al mismo tiempo, Chacao cierra con sus tropas los caminos hacia su tierra sagrada. Tiuna se bate ferozmente, igualmente lo hacen Paramaconi,

Terepaima, Catia y Baruta. Las espadas eran muchas, caballos, armaduras y cañones también hicieron su parte en la historia. Los guerreros indígenas se inmolaban frente a las armas invasoras. Entonces, Guaicaipuro dio la orden de retroceder y no perder más vidas humanas.

Losada se encaminó hacia Macarao, de allí atravesó los bordes de Caricuao, y a finales de marzo de 1567 llega a la actual parroquia de El Valle. A pesar del heroísmo de los caracas, Losada se instala con sus tropas en la explanada de la actual Plaza Bolívar, luego de limpiar un pedazo de tierra y de incendiar las casas indígenas a su paso, funda la ciudad en julio de 1567, llamándola Santiago de León de Caracas. Clavando una cruz en la esquina superior, ordena la construcción de una iglesia y toma posesión de las tierras en nombre de la Corona española. No fue una tarea fácil para los conquistadores lograr esto, debieron recurrir a las prácticas más crueles para repeler las constantes arremetidas de las fuerzas de los caciques Catia y Baruta, quienes en repetidas ocasiones los sometieron a las más duras pruebas. En 1568 se llevó a cabo la batalla de Maracapaná en las tierras de lo que conocemos como la parroquia Catia.



Los caciques se pusieron de acuerdo con Guaicaipuro como líder para expulsar a los invasores mediante un plan de ataque masivo. Desde todos los puntos cardinales rodearon al ejército de Losada. De nuevo, los bravíos indígenas levantaron sus armas en defensa de sus hijos y de sus tierras. Sin embargo, fue un día triste ese de 1568, Pedro Alonso Galeas, uno de los capitanes españoles, logró frenar a los guerreros de Guaicaipuro en su marcha por las montañas hacia el campo de batalla. Eso lo aprovechó Losada para lanzarse con sus arcabuceros, sus caballos, sus espadas y sus perros de caza contra los demás caciques.

Fue una lucha desigual, los indígenas, sin defensas para sus cuerpos, eran un blanco fácil. El cacique Tiuna resistió y luchó espada en mano contra el propio Losada, y su capitán Francisco Maldonado cayó debido a una flecha de un indígena aliado a los colonizadores. Esa fue la última gran batalla de los caribes venezolanos. A finales de 1569 capturaron a Guaicaipuro en una emboscada nocturna, en su refugio ubicado en la actual población mirandina de San Diego de los Altos. Ochenta

españoles capitaneados por Francisco Infante enfrentaron a los veintiséis flecheros teques que resguardaron a su líder. Luego de que los españoles incendiaron el lugar, el propio Guaicaipuro les hizo frente, y al grito de “Yo soy libre”, murió en combate.

Los últimos grandes caciques –Tamanaco, Sorocaima, Paramaconi y Conopoima– alzaron las banderas de Guaicaipuro, pero los quince años de lucha habían hecho estragos. Eran muchas las batallas. Durante todo ese tiempo los indígenas no tuvieron paz, los españoles arrasaron comunidades enteras.

A ese escenario nefasto se unió, en 1580, una epidemia de viruela que acabó con lo que quedaba de los teques, los toromaimas, los arbacos y los mariches, y bajo esos cielos nacía la ciudad de Caracas. Los conquistadores se repartieron las tierras, marcaron las primeras calles y sus esquinas. Sobre ellas vendrían otras luchas y se protagonizarían grandes epopeyas históricas. Les tocaría a otros ofrendar la vida por los sueños libertarios y abonar el terreno de la independencia latinoamericana.



Esquina de La Torre

En el siglo xvi la ciudad era un valle abierto por los cuatro costados. No existían límites en el tránsito, más allá de los que la naturaleza creaba. Diego de Losada, el encargado de llevar a cabo la empresa de colonización, señaló el punto para la construcción de una modesta iglesia en honor a Santiago, el santo flechado que protegía a los españoles de los ataques indígenas. Así comienza la historia de la Torre, que en sus inicios estuvo sosteniendo una enorme campana sobre una construcción de madera, fue el primer edificio de la ciudad. Con el tiempo, aquella iglesia obtuvo el título de Catedral de Caracas. Destinada a la creencia de los españoles y de aquellos mestizos e indígenas que aceptaban por la fuerza o por sumisión el catolicismo, vivió en paz sus primeros años y se convirtió en el punto de reunión de clérigos y autoridades. Son muchos los hechos históricos que la Torre ha presenciado. Entre ellos se cuenta el ocurrido en 1595, cuando

una banda de piratas ingleses sometió la ciudad al saqueo y al horror, refugiándose en la cima para controlar el horizonte. Entre otros hechos, la Torre presenció los sucesos de 1810, cuando Francisco Salias le arrebató el bastón de mando al gobernador colonial Vicente de Emparan. En 1641, la Torre se viene abajo debido a un terremoto que sacudió la provincia. Las primeras construcciones españolas en América utilizaban técnicas y materiales indígenas (casas de bahareque, techo de palma, etcétera) apropiados para el trópico. Construcciones de este material no representaban un peligro en medio de un terremoto. Los indígenas no poseían torres de madera elevadas, mucho menos con una campana en la cima. Sus dioses tenían por hogar la naturaleza.

A mediados de 1660, se decidió construir la nueva Torre. Para la tarea fue escogido un maestro de obras, especie de ingeniero albañil, cuyo nombre era Juan de Medina. Este

hombre de fe tardó alrededor de diez años para finalizar su trabajo, y en la cima colgó diez campanas que marcaban el ritmo de la naciente ciudad. Pero la naturaleza volvió a sacudirse en 1766 y derribó la Torre. Esta vez fue reconstruida por las autoridades de la Colonia, con una dedicación especial. Pero, sufrió otro golpe en el terremoto de 1812, se partió en su parte superior y fue sacada de su centro de gravedad, hasta que otra sacudida la devolvió a su sitio. Imaginemos una torre volando por el aire o desplomada como un gigante, cayendo y levantándose a lo largo de la historia. Padeciendo los embates de la naturaleza y los asaltos de piratas y corsarios. Siendo el símbolo de la fe católica y uno de los referentes de la ciudad. Con todas sus tragedias, la Torre le dio su nombre a la esquina.







Esquina de Sociedad

La historia señala la Esquina de Sociedad como uno de los puntos de mayor importancia para el proyecto independentista. Allí se levantaba una vieja y amplia casona de largos corredores, cuartos acogedores y salones ideales para reuniones. En los tiempos coloniales, la casona era famosa por la belleza de sus jardines, también poseía unos de los más llamativos techos rojos de la ciudad. Su importancia histórica se debe a que en esos salones tuvo sede la Sociedad Patriótica a partir de 1811 y, también, se celebraron los hechos del 19 de abril de 1810. Entre las figuras históricas que integraron aquella sociedad podemos contar a Simón Bolívar y Francisco de Miranda, promotores del movimiento emancipador. A su vez, la casona servía para que algunos de los diputados que representaban a cada provincia de Venezuela debatieran sobre los procesos del Congreso Constituyente.

Podemos imaginar aquellos años de revolución libertadora, en los que el pueblo cansado de la tiranía y ansiando la independencia, se acercaba a los paredones y ventanales para participar y arengar a los patriotas en la lucha emancipadora. Dentro, se podía ver a Francisco de Miranda sesionando con un manojo de papeles en las manos, dándole cuerpo al movimiento libertador. Alrededor de toda la cuadra se escuchaban los trascendentales discursos de Simón Bolívar, donde pedía libertad absoluta del imperio español, en medio de las miradas de Coto Paúl, Antonio Tébar, Francisco Espejo, entre otros. La Esquina de Sociedad era el espacio de discusión más cercano al pueblo en esos primeros años, y en sus reuniones participaban las mujeres y los representantes del pueblo. Aquella vieja casona se transformaba en el foro político donde se elevaron los intereses patrios. Ese es el origen de su nombre.



Esquina El Chorro

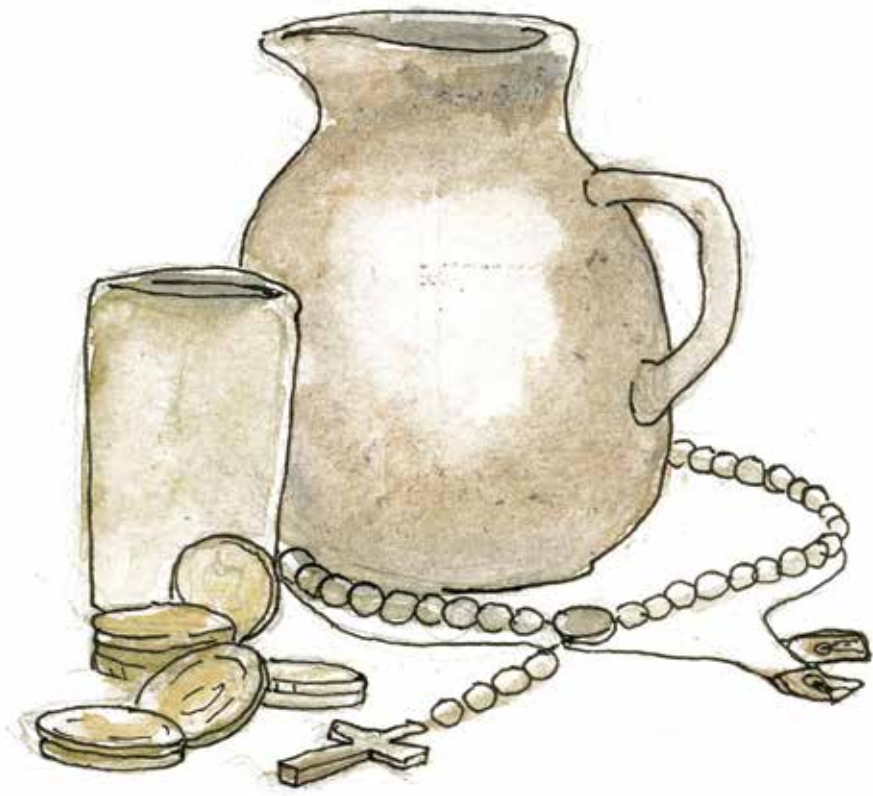
En la Colonia, existía el mercado de la Plaza Mayor –actual Plaza Bolívar–, donde los caraqueños celebraban sus fiestas y reuniones bebiendo guarapa. Dicha bebida se vendía como pan caliente. Todos aquellos que querían refrescarse y alegrarse un poco pasaban un rato por el mercado y compraban su vaso. Cerca del mercado existía una bodega propiedad de los hermanos Pérez (dos españoles isleños que se oponían a la Independencia y odiaban a muerte a los patriotas). Agustín y Juan Pérez iban de calle en calle maldiciendo la libertad de los esclavos, pidiéndole a Dios que restituyera a las autoridades españolas y el poder de Fernando VII. Los dos hermanos se quejaban de lo que consideraban una traición y vivieron con rencor los sucesos de 1810. A partir de estos hechos decidieron convertir su negocio en una guarida para todos aquellos conspiradores que buscaban derrocar el gobierno de la Primera República.

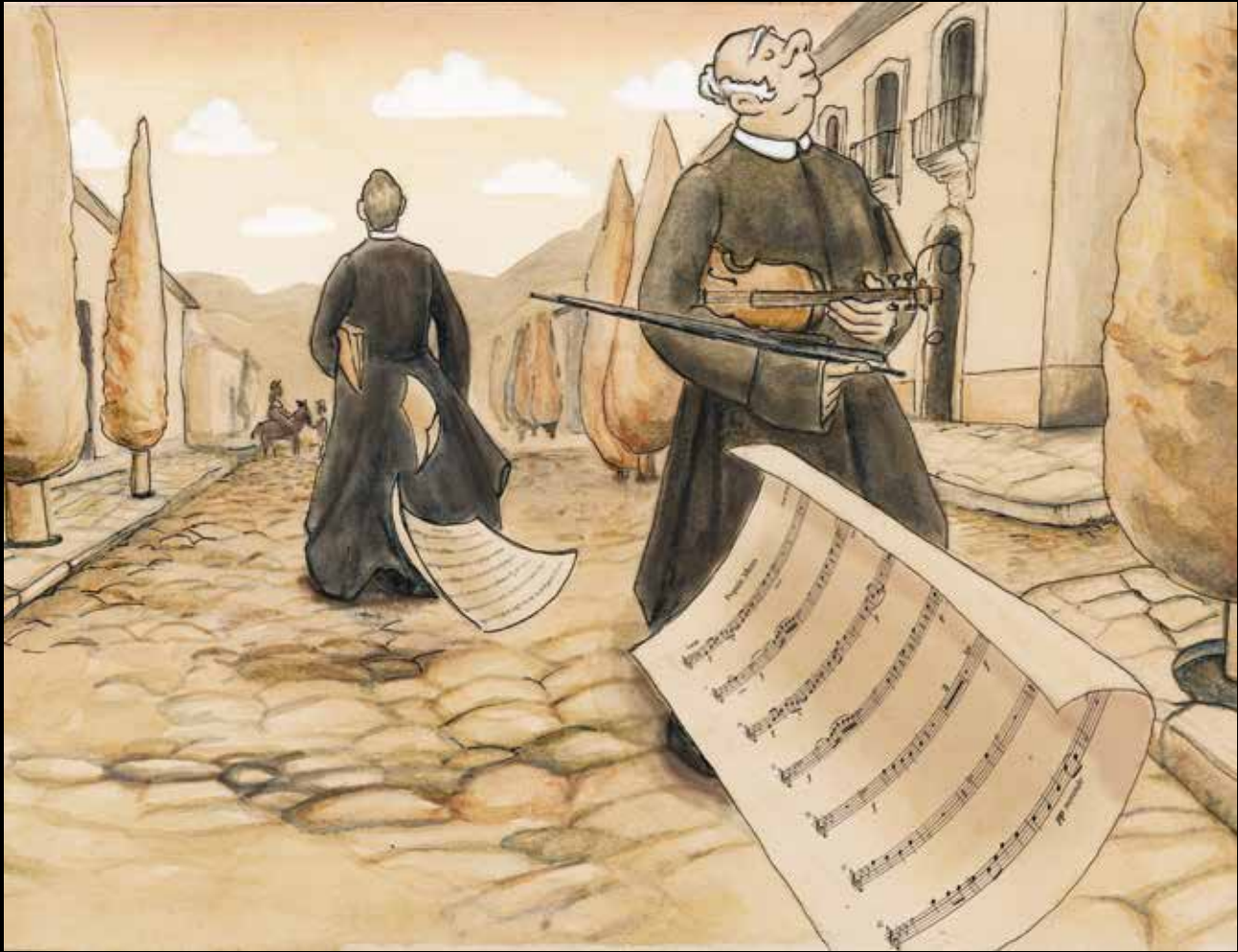
Juan Pérez era un fanático religioso, por ello, era muy popular en la Catedral de Caracas y el

Palacio Arzobispal. Su carácter poco amigable le había metido en muchos problemas y peleas. Su hermano Agustín compartía las mismas ideas y protegía su negocio con cruces y escapularios. Este hombre temeroso inventó un aparataje para vender la guarapa sin necesidad de abrir la ventana de su casa. Dicho instrumento consistía en un cántaro giratorio que sacaba la guarapa a la calle. Aquellos viejos bebedores depositaban sus monedas en una alcancía y, como por arte de magia, obtenían la guarapa. El ingenio de este comerciante se propagó por todos los rincones de la ciudad y, como era peculiar para los habitantes ver salir el chorro de guarapa, llamaron El Chorro a la esquina. Los dos hermanos en sus andanzas conspiradoras tuvieron un final trágico. Juan Pérez se fue con un grupo de realistas en una rebelión mal organizada. El grupo fue capturado en una rápida acción por las fuerzas patriotas y Juan Pérez fue fusilado. Agustín, el guarapeero, no participó en esa aventura, pero al poco

tiempo de la muerte de su hermano, se unió a las fuerzas realistas de Monteverde, aquel ejército imperial dio rienda suelta a todo tipo de desmanes. La leyenda quedó para la historia, y del chorro de guarapa que salía de aquella bodega encontró su nombre este sitio.







Esquina de Cipreses

Como su nombre lo refiere, esta esquina de Caracas estaba poblada por unos altos y frondosos cipreses que se movían con el ir y venir del viento, dando a todo ese espacio un aire de grandeza y solemnidad.

Los cipreses eran una joya de la naturaleza porque con su altura y verdor protegían a los caminantes del inclemente sol tropical. Las sombras de estos árboles vieron pasear al padre Sojo, quien fundó la primera escuela de música que existió en Caracas en su hacienda Chacao. Apasionado de la naturaleza, el padre Sojo pertenecía a la orden religiosa de los neristas, una cofradía de monjes a quienes les gustaba el arte y la música. Los cipreses maravillaban a aquellos que pasaban cerca de la esquina donde se reunían los monjes a

limpiar violines, arreglar partituras y practicar cantos religiosos, esperando ver llegar a su líder en los portalones.

Todo ese pedazo de la ciudad estaba lleno de jardines y se respiraba una paz especial que parecía fomentar la contemplación y la creación. Los cipreses fueron sembrados para cobijar el cementerio de la cofradía de monjes, semejando un camposanto romano. El fin era darle grandeza a este sitio haciéndolo más parecido a un cementerio del Vaticano. Guzmán Blanco construyó la Iglesia de Santa Teresa sobre el Convento de los neristas y, muy cerca, se encuentra el Teatro Nacional. En el tiempo de los grandes cipreses se cuenta que no cabían los músicos y toda la esquina era una sola melodía.



Esquina de Gradillas

Retrocediendo en el tiempo llegamos a la vieja Plaza Mayor o Plaza de Armas de Caracas. Nos encontramos con un gran mercado público lleno de toldos, caballos, mulas, papas, carne de cochino y comerciantes. Esa Plaza de Armas tenía muchas funciones, allí se hacían las paradas militares y la autoridad española sacaba a sus esclavos a llevar sol y látigo. Los indígenas morían de hambre o enfermedades a su alrededor y en las mañanas era común presenciar los ajusticiamientos de los presos. En la esquina inferior de la plaza existían unas gradas, por este motivo los caraqueños llamaron a la esquina Gradillas. En el siglo XIX fue el punto de reunión de los escritores y artistas, transformándose en un lugar de discusión política.

La importancia histórica de esta esquina tiene como protagonista a Simón Bolívar. En 1788 le fue entregada como herencia la que conocemos

en la actualidad como casa de Gradillas. En toda la esquina vivió con su esposa María Teresa del Toro, con quien se casó en 1802 en Madrid (España). María Teresa del Toro era sobrina del marqués del Toro y pertenecía a la aristocracia criolla, poseía una valiosa fortuna y varias haciendas. Para esa época, las ideas independentistas no se habían definido del todo en el joven Bolívar.

En la Esquina de Gradillas el Libertador vivió una corta etapa, ya que el 22 de enero de 1803 María Teresa falleció a causa de la fiebre amarilla. Este hecho lo llevó a jurar que no volvería a contraer matrimonio. De la Esquina de Gradillas partió el cortejo fúnebre con los restos mortales de la joven esposa, y la casa pasó a tener varios usos luego de ser abandonada. Desde almacén hasta zapatería. En la actualidad, se llevan a cabo trabajos de recuperación que le devuelven su valor histórico.



Esquina de Principal

Antes de elevar sus cruces al cielo, los conquistadores buscaron un sitio estratégico donde construir un cuartel para las filas de soldados, quienes en su mayoría eran criminales, a los cuales un buen día sacaron de las cárceles españolas para embarcarlos hacia América. El cuartel de dos pisos que se construyó al lado de la Plaza de Armas se llamó el Principal. En el primer piso vivían apiñados los soldados y en los anchos salones del segundo se esponjaban en sus sillones las autoridades militares de la Colonia. Sus paredones funcionaron a lo largo de la Conquista como una efectiva prisión y palacio de torturas. Encerrados allí, murieron esclavos, mujeres condenadas, revolucionarios y españoles que protestaban algunas medidas tomadas por la Corona. Entre las funciones del cuartel estaba seleccionar a los reos que serían trasladados a la Cárcel Real, ubicada al frente. Las dos instituciones se comunicaban de manera efectiva y elaboraban planes en conjunto. Por un tiempo se le llamó Esquina

de La Cárcel, pero el nombre de Principal quedó en la memoria de los venezolanos. Con su construcción, los conquistadores se sintieron seguros por contar con alojamiento para sus arcabuces, sus armaduras y sus lanzas medievales. Su entrada estaba protegida por perros entrenados que presenciaron el ir y venir de la historia venezolana.

Uno de los hechos más importantes ocurridos en la Esquina de Principal tuvo como protagonista a José María España. Este personaje histórico nació en La Guaira en 1761, y desde su juventud se había mostrado interesado en la Independencia de Venezuela. En el año 1793 fue nombrado teniente de justicia en Macuto. Los acontecimientos de la Revolución francesa (1789) lo inspiraron en su lucha contra el sistema colonial. A partir de esos años, comenzó a organizar una célula revolucionaria en su casa que tenía como objetivo generar un alzamiento de esclavos y dar al traste con la autoridad del rey. Aunque las comunicaciones

en la época eran lentas por la falta de medios y el control de la información, José María España contaba con una red de amigos y estaba al tanto de los movimientos contra las monarquías europeas. Entre los que se organizaban en la célula de José María España podemos nombrar a Manuel Gual y a Simón Rodríguez, el primero era un estratega militar y el segundo fundó las raíces del pensamiento independentista en Latinoamérica.

En 1797 llegó a La Guaira un barco con varios prisioneros pertenecientes a una logia masónica de Madrid. Aquellos sujetos habían llevado a cabo actos de sublevación contra la Corona española y estaban condenados a morir encerrados en las mazmorras de Cartagena por orden de su majestad. Sus líderes, Juan Bautista Picornell y Manuel Cortés, se alistaron en el movimiento de José María España y Manuel Gual, quienes ese mismo año los ayudaron a fugarse de la prisión provisional. Entre el grupo también se encontraban otros personajes históricos, tales como: Bernardo Garaza, Manuel Campomanes, Joaquín Villalba y Sebastián

Andrés. Los fugados se refugiaron en la actual República Dominicana, desde allí publicaron una serie de textos revolucionarios y una canción independentista. Este movimiento revolucionario fue delatado a las autoridades coloniales luego de la captura de un comerciante llamado Montesinos, el cual tenía contactos con las milicias pardas. Manuel Gual, al enterarse, bajó rápidamente a La Guaira y contó lo sucedido a España. Los dos hombres huyeron hacia las Antillas y se escondieron en Trinidad. Sus cabezas tenían precio, la de Gual costaba 10.000 pesos, por su condición de militar, y la de José María España 5.000 pesos, al parecer valía menos por contener las ideas y los fundamentos teóricos del movimiento, entre ellos la abolición de la esclavitud.

En 1799 José María España volvió a La Guaira disfrazado de marinero, desde Macuto se trasladó a una hacienda en Naiguatá, propiedad de su familia. Allí organizó una rebelión de esclavos, confiaba en que la condición de oprimidos sería suficiente para que se sumaran a la lucha. Sin embargo, fue un esclavo quien lo traicionó.



Temiendo perder el control de Venezuela, el capitán Manuel de Guevara y Vasconcelos envió sus tropas a efectuar el arresto de José María España. Desde La Guaira, lo subieron amarrado a una mula hasta el cuartel principal. No tardaron mucho en el juicio, el verdugo preparó la horca en la Plaza Mayor y lo condenaron a muerte. Se cuenta que antes de la ejecución, las autoridades le pidieron que se arrepintiera por la osadía y el mártir respondió: “Mis restos serán honrados”.



Esquina de Miguelacho

Miguelacho era un buen tipo, un bodeguero que se ganaba la vida sanamente, su bodega era famosa por ser el lugar de reunión para todos los vecinos, corrían los años de 1800 y estaba en marcha el proceso que culminaría el 19 de abril, diez años después. Para esa época, Miguelacho se había hecho muy popular, al igual que la parroquia La Candelaria, construida por canarios a lo largo de la Conquista española. Los canarios trajeron consigo a la virgen de la Candelaria como patrona de su vida y sus bienes.

Miguelacho se caracterizaba por ser amistoso y estar siempre con una sonrisa detrás del mostrador. Entre los pedazos de quesos, los sacos de harina, los caramelos, las panelas de papelón y los trozos de carne, asomaba la cabeza Miguelacho, el bodeguero pana, y preguntaba entre risas a los muchachos: “¿De qué es el mandao?”. Todo aquel que iba con una lista de tantos kilos de harina, unas lonjas

de queso y un pedazo de papelón, encontraba en Miguelacho la solución, especialmente los muchachitos con sus ñapas. Así, se hizo famoso el negocio y el rumor corrió por toda la ciudad. Miguelacho tenía por esposa a una ferviente realista que buscaba una oportunidad para ascender en la escala social, es decir, soñaba con ser una gran señora. Todos los días se quejaba por ser la compañera de un bodeguero sin fortuna. Miguelacho no le hacía caso y se conformaba con hacer feliz a los niños regalándoles sus caramelos. La pobre mujer no entendía por qué su marido no se comportaba de manera avariciosa, tampoco entendía por qué no buscaba un puesto en la burocracia colonial y hacía fortuna.

En 1812 ya había caído la Primera República, Francisco de Miranda capituló ante las fuerzas de Domingo Monteverde, este hecho llevó a los patriotas a reagrupar sus fuerzas para recuperar la patria. En 1813 Simón Bolívar, en medio

de la lucha por la Independencia, decretó la Guerra a Muerte a españoles y canarios en Santa Ana de Trujillo. Miguelacho fue apresado en su bodega, y cuando iba a ser trasladado a la cárcel, un alboroto se apoderó del vecindario. Toda la gente que conocía a Miguelacho comenzó a pedir su libertad. Después de unas horas, los gritos lograron su objetivo, y la bodega estuvo abierta durante mucho tiempo.







Esquina de Traposos

La palabra Traposos refiere a ropa vieja, es decir, a trapos. La leyenda sobre esta esquina de la ciudad nos lleva a los años de la Primera República. En 1814 un comerciante español llamado José Tomás Boves tomó la ciudad de Caracas. Simón Bolívar y los patriotas habían perdido su primer intento de gobierno independiente. El hecho que se conoce como “La emigración a Oriente” fue comandado por el propio Bolívar, dejando la ciudad vacía. Boves encontró las calles y las casas desoladas. Su ejército compuesto por negros, pardos e indígenas, se caracterizaba por sembrar el horror en una guerra donde los oprimidos habían encontrado quien los organizara y los hiciera visibles. El odio sembrado por la esclavitud brotó como una cosecha de fuego por los campos y ciudades de Venezuela.

Con la entrada de Boves a Caracas llegaron familias de españoles, se cuenta que una de ellas tenía por nombre Traposos. Los Traposos se asentaron en una casa diagonal a la esquina y bautizaron el lugar con su pomposo apellido. Otra leyenda cuenta que Traposos era una familia aristocrática y lujosa que disfrutaba haciendo gala de sus riquezas. Les gustaba exhibirse en todo su esplendor, derrochaban fortunas, es decir, una familia arrogante de la Caracas colonial que, un buen día, vio como se derrumbaba todo su poder económico. La desgracia tocó a sus puertas y los dejó sin nada, solo les quedaron los tristes trapos que llevaban encima, y se vieron en la obligación de venderlos para comer. Las historias guardan similitud en cuanto al hecho familiar, lo cierto es que la esquina con el nombre de Traposos, quedó.



Esquina de Las Monjas

En los años 1600, las señoras de alta sociedad vivían con la preocupación de no ir al infierno, esas señoras encopetadas, llenas de haciendas y esclavos, dedicaban los últimos años de su vida a hacer la caridad, con la esperanza de encontrar abiertas las puertas del cielo para su alma. Movidas por la fe, ayudaban a huérfanos y pobres diablos, además, se comprometían a fundar conventos. En esa época, Caracas era un ciudad tomada por la Iglesia, institución que ejerciendo el latifundio se adueñó de gran parte del valle, y sus templos eran el refugio para reliquias valiosas. Juana de Villela era una de aquellas mujeres españolas de alcurnia que un día decidió dedicar su vida a Dios. Cuando murió su esposo, un capitán de apellido Martínez, la señora, junto a sus cuatro hijas, dos sobrinas y unas criadas, pidió autorización al régimen colonial para convertir la casa del hidalgo capitán en un

convento. En 1637 nació el Convento de las Monjas Concepciones y, de esta manera, la señora Villela y sus monjas comenzaron a recibir ayudas económicas.

En esa casa de retiro no se aceptaban muchachas negras, debido a la discriminación social. Las aspirantes debían ser blancas y de linaje aristocrático, sus familias debían comprometerse con ayudas para promover la fe y el recogimiento espiritual, y estaba prohibida la lectura. A principios de 1700 convivían allí con las monjas una gran cantidad de sirvientas, había más gente limpiando reliquias y cuartos que jovencitas entregadas a Dios. Una de las mujeres más importantes de nuestra historia estuvo encerrada en aquel oscuro lugar, Luisa Cáceres de Arismendi, quien fue recluida en un cuarto de penitencias, vigilada de cerca por los ojos inquisidores de las monjas Concepciones que todos los días pedían a la

heroína que se arrepintiera de sus pecados. Se contaba que las paredes del convento encerraban secretos siniestros y joyas de gran valor. Al parecer, las monjas gustaban mucho del oro y de las perlas preciosas. En 1874 Guzmán Blanco decretó la prohibición de los conventos, el recinto de las Concepciones fue demolido y sobre sus restos se levantó el Capitolio de la nación. Pero no fue tan fácil desalojar a las mujeres de Dios, se necesitó un contingente de soldados para abrir las puertas del claustro, acto seguido salieron en fila con lo que llevaban encima. De las riquezas que escondían no se supo nada, la leyenda popular cuenta que antes de abandonar el convento, la última abadesa (María Teresa de las Llagas) se encargó de sepultar o esconder las sagradas riquezas. Las escaleras principales dejaron de ser el reposo de los mendigos, y las esclavas negras dejaron tirados los trapos de limpieza a los pies de los santos.







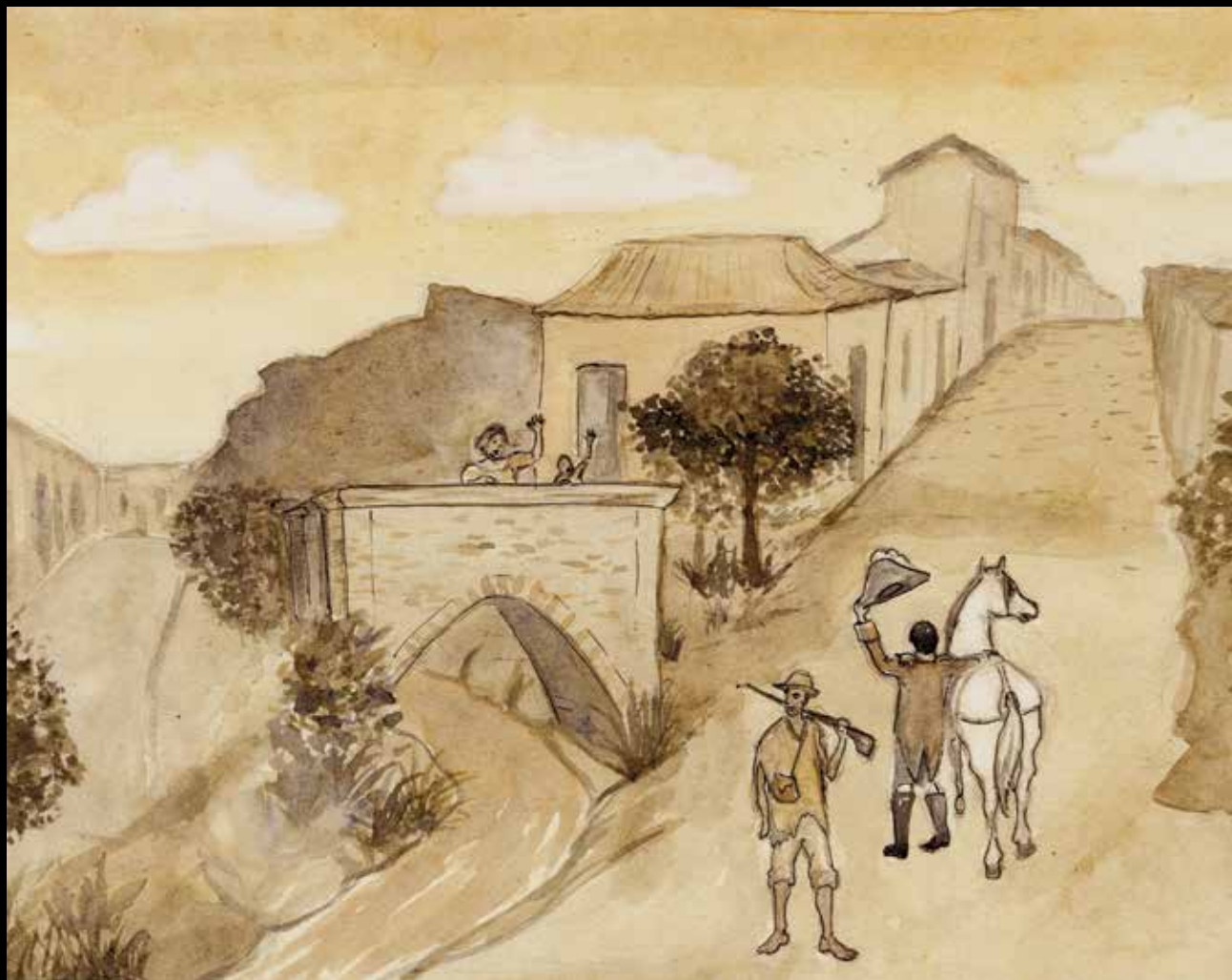
Esquina de Madrices

La casa de las Madrices fue construida en el siglo xvii por Domingo Rodríguez de la Madriz, un rico personaje de la Colonia. Aquel acaudalado personaje pudo levantar una de las casas más imponentes de la pequeña ciudad. Contaba con hermosos balcones, jardines lujosos y una decoración imperial. La historia recuerda esta casa como el hogar de los últimos gobernadores coloniales, representantes de los despistados reyes españoles. Vicente de Emparan estuvo recluido en la casa de las Madrices esperando su expulsión de la patria. Sus dos antecesores, Carbonell y Guevara Vasconcelos, también vivieron allí.

Cuando murió el viejo Domingo de la Madriz, la casa pasó a manos de su hijo Felipe, quien era capitán y se desempeñó como alcalde de Caracas en 1704. Las hijas de este capitán nacieron entre 1690 y 1712, ellas le dieron fama

a la casa y a la esquina porque organizaban las bienvenidas a los enviados de la Corona. Se cuenta que aquellas fiestas eran famosas por la pompa y el despilfarro, además, las nietas del viejo Domingo de la Madriz celebraban con excesos y levantaban pasiones entre los visitantes.

En la Colonia, la casa de las Madrices fue una sucursal del imperio español en Venezuela, detrás de sus puertas y ventanales se reunía la crema y nata de la sociedad, acompañada por la música y los poemas que recitaban las llamadas Madrices. Se cuenta que Simón Bolívar la visitó en una fiesta organizada en honor a Emparan y allí brindó por la Independencia con el último capitán general. Otro hecho histórico importante se llevó a cabo en 1856, cuando en la casa se firmó el decreto que nombraba a Caracas como ciudad capital.



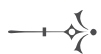
Esquina de Romualda

Rubí Romualda era una amante de la cocina y una mujer trabajadora. Desde muy joven decidió ganarse la vida sazónando guisos y asopados. Por aquellos días, su casa se llenaba con olores de manjares y parecía flotar por los cielos caraqueños, mientras Romualda preparaba una gran olla de mondongo. Con el tiempo esa casa se convirtió en un pequeño restaurante que servía para que las familias disfrutaran tardes llenas de sabor. En 1826 el negocio estaba bien establecido y gozaba de una gran popularidad. En los días de fiestas patronales o de carnavales se llenaba de música, y Romualda en la cocina mezclaba recetas y confeccionaba sus mejores platos. Un sabor especial tenía aquella comida. En esos tiempos, se cocinaba a leña, el fuego se graduaba con unos ganchos que bajaban y subían los calderos. Desde el este de Caracas, las familias adineradas no resistieron la

tentación y comenzaron a visitar la casa de la humilde Romualda.

Cerca de aquel restaurante estaba el puente de Catuche, el cual se construyó con la finalidad de facilitar la búsqueda de agua a los caraqueños, quienes caminaban hasta la Plaza de Armas a llenar sus pipotes en una fuente cercana. Gracias al puente, el negocio de Romualda se benefició mucho y pudo alimentar a sus ocho hijos (cinco niñas y tres niños). En 1827 el Libertador entró a la Candelaria rumbo a la Quinta Anauco, la vieja casona propiedad del marqués del Toro. Venía herido, enfrentando traiciones y con un proyecto de unión latinoamericana que se le escapaba en el horizonte. Ese rostro lacerado por las guerras, firme en medio de la tragedia histórica, tejido de sudores y volcado en un fuego de lucha, fue el rostro libertario detallado por los ojos de la cocinera Romualda y sus hijos. La familia celebró el paso

del líder, el hijo de mantuanos que sacrificó su vida por la patria. Romualda, eufórica, olvidó los fogones y gritó: ¡Viva! ante el héroe que veía por última vez el cielo caraqueño.







Esquina de La Marrón

La ciudad de Caracas se construyó en un recuadro y se fue extendiendo hacia todos los puntos cardinales. Sobre esos espacios se levantaron las casas coloniales, famosas por sus amplios solares, sus ventanales y sus techos de arcilla roja. La población era pequeña, las quebradas y ríos eran limpios. Las avenidas, por su parte, eran hileras de árboles abrazados y las pequeñas calles eran de piedra. Entre esas frías calles caminaba Lorenzo Marrón todos los días al encuentro de su familia, al parecer era un hombre apacible y dedicado a sus oficios diarios. Su familia estaba compuesta por varias hijas. Además de su dedicación familiar, el señor Marrón se divertía con los juegos de pelota vasca, este juego lo podía disfrutar todas las tardes cerca de su casa, una vivienda típica del siglo XVIII.

Por las ventanas de aquella casa se aparecían los pretendientes casuales de las Marrones para

dejar sus cartas, sus serenatas y alguno que otro regalo. Su madre se llamaba Juana Reina, quien era celosa con las niñas y vigilaba que todo estuviera en orden. Su sueño era que las Marrones se desposaran con caballeros de alta alcurnia, lo mismo deseaba Lorenzo. Pero entre todos esos sueños, había otro que no dejaba dormir al viejo, el juego de la pelota, practicado por la gente de sociedad, es decir, de dinero. En el vaivén de las pelotas pensaba cómo construir un espacio deportivo. Fue entonces que tomó la decisión de ir hasta el Cabildo a pedir la autorización y el apoyo. En 1778 se escogieron los terrenos de la primera carnicería fundada en Caracas para construir la cancha. Con el tiempo, esa cancha rudimentaria se transformó en la Plaza España. Pero la leyenda de Lorenzo Marrón crecía en toda la ciudad. Y la esquina de Marrón pasó a la historia, junto a la belleza de las Marrones y sus enamorados.



Esquina de San Pablo

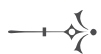
La fe en la religión católica se respira en esta esquina, especialmente en los tiempos de Semana Santa cuando los inciensos y las estampillas populares de santos adornan las calles. San Pablo era un gran templo en la época de la Colonia, no por su imponencia, sino por poseer la imagen del Nazareno de San Pablo, una escultura venerada por los creyentes. Este Nazareno fue tallado en madera de pino y traído de Sevilla (España). La leyenda popular cuenta que el Nazareno le preguntó a su creador: “¿Dónde me has visto que me has hecho tan perfecto?”. Y el escultor, Felipe de Ribas, estuvo a punto de enloquecer.

Es tradición para los feligreses marchar en procesión a cumplir con las promesas hechas al Nazareno. El pueblo le otorga poderes mágicos y milagrosos, y acostumbra a vestir de morado evocando el dolor y martirio del Señor. El encargado de traer al Nazareno a

Caracas fue fray González de Acuña, en 1674. Para el siglo xvii, Caracas sufrió una epidemia de vómito negro, la enfermedad que causaba estragos, principalmente en los pobres. Fue entonces, cuando el pueblo se concentró en la Iglesia de San Pablo pidiendo un milagro al Señor. Al ver que nada sucedía, decidieron sacar en procesión al Nazareno y elevar cánticos religiosos. Cerca de la Iglesia se había sembrado varios árboles de limones que servían para refrescar el ambiente, la corona del Nazareno –con todas sus espinas y su sangre– se enredó en una rama y varios limones cayeron del cielo. Los creyentes, poseídos por una revelación comenzaron a hacer limonadas y la epidemia desapareció.

En 1880 la Iglesia de San Pablo fue demolida en la administración de Guzmán Blanco y, en el mismo sitio, se levantó el Teatro Municipal. Por su parte, el Nazareno fue colocado en la

Iglesia de Santa Teresa, unos metros más allá.
Y desde allí sigue cargando el peso de la cruz,
aliviando con sus milagros a los devotos.







Esquina de La Pelota

En la antigüedad, los mares eran la vía de comunicación entre los continentes. Los barcos y galeones cruzaban de costa a costa el mundo, y los grandes pueblos por lo general eran grandes navegantes. Luego del arribo de los españoles a los mares de América, los ingleses y los holandeses también se lanzaron en aventuras de conquista. Tenían como objetivo controlar rutas y asaltar los galeones españoles cargados de riquezas. Para impedir esos asaltos en territorio continental se construyeron fuertes, castillos y grandes murallas. Debemos recordar que Caracas es una ciudad estratégica por su ubicación geográfica. Los piratas europeos solían estudiar de manera metódica sus asaltos, y elegían puertos y ciudades desprotegidos. Como la mayor parte de la colonización americana la llevaron a cabo españoles y portugueses, los otros reinos e imperios se dedicaron a arrebatarse lo que podían, es decir, agarraban lo que fuera con la ayuda de sus piratas, entre

ellos, el famoso inglés Francis Drake.

Para proteger Caracas se construyó una muralla que le ponía límites a la ciudad por la altura de la actual avenida Urdaneta. Pero aquella muralla no se terminó porque las autoridades se decidieron por otros métodos. Así, fue abandonada a su suerte, hasta que los vascos llegaron con la Compañía Guipuzcoana en 1728. En su tierra natal, mataban el tiempo jugando a la pelota. Pero en la ciudad de entonces no había espacios para el deporte y los vascos se aburrían en sus tareas administrativas. Por ello, decidieron jugar en aquella muralla amarillenta. Desde entonces la calle que la bordeaba se conoció como calle de La Pelota.

Cuando la muralla fue destruida para trabajos urbanísticos, los aficionados al juego se quedaron sin diversión, y el sitio se comenzó a llamar Esquina de La Pelota. Partidas memorables se llevaron a cabo en aquella fortaleza y muchos profesionales sudaron la gota gorda.



Esquina El Muerto

Tener la osadía de circular o pararse en esta esquina, donde un muerto estuvo vivo, es algo que nos lleva a los territorios del horror o de la fantasía. Lo popular del nombre le ha dado un lugar especial en la memoria. La leyenda se remonta al siglo XIX, cuando la lucha de clases en Venezuela tuvo como escenario Caracas. En 1830 murió Simón Bolívar con una camisa prestada y expulsado como un hereje. En los años siguientes, se llevaron a cabo rebeliones populares y guerras civiles. La misma desigualdad reinaba desde los tiempos de la Colonia y las mismas familias se repartían las riquezas. Uno de esos enfrentamientos se llamó la Guerra Federal, también conocida como Guerra de los Cinco Años.

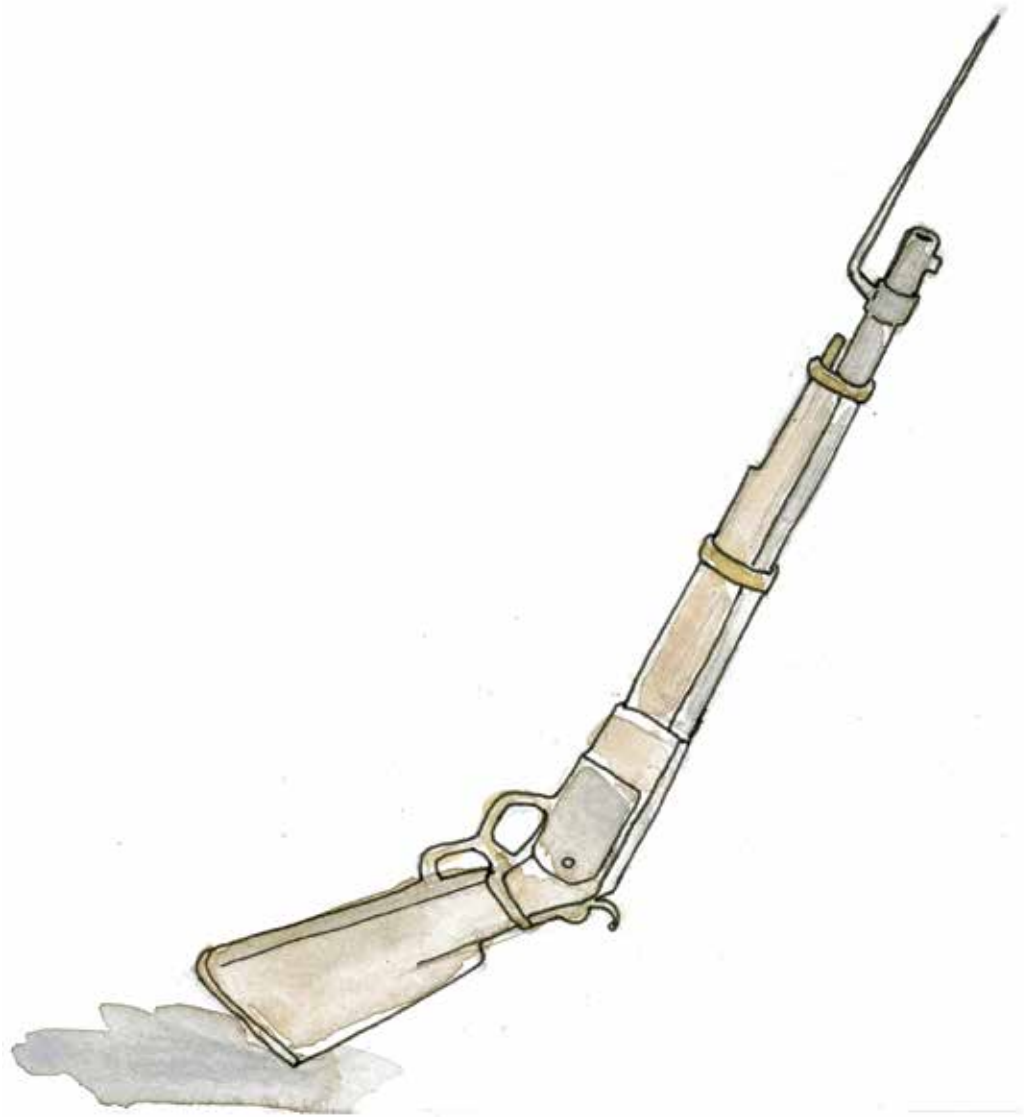
Esta guerra se desarrolló principalmente en los llanos y en el centro del país, fue la lucha más larga luego de la Independencia (1859-1863), y la que más pérdidas humanas ocasionó. Las fuerzas populares estaban agrupadas en guerrillas

campesinas y tenían como líderes militares a Ezequiel Zamora y Juan Crisóstomo Falcón. Las fuerzas de la oligarquía estaban reunidas en los centralistas y tenían como máxima figura a José Antonio Páez. Los enfrentamientos eran comunes en la ciudad, los ejércitos conservadores cuidaban las casas y propiedades de la oligarquía, mientras las guerrillas se acercaban a sus objetivos con sigilo. Se luchaba a sangre y fuego. De ambos bandos se contaban por miles los muertos, y las fuerzas centralistas no podían oponer resistencia a las fuerzas federales.

Luego de las batallas, pasaban por las calles camilleros y voluntarios recogiendo los caídos. Así vieron el cuerpo de un soldado centralista tirado, y rápidamente lo montaron en su camilla para llevarlo al cementerio. Luego de caminar unos metros, el soldado alzó la cabeza para decir: “No me lleven a enterrar, que todavía estoy vivo”. Al escuchar esto, los

camilleros soltaron todo y salieron corriendo. El cuento corrió por toda la ciudad y los caraqueños pasaban señalando la esquina diciendo: “¡Ahí, estaba vivo el muerto!”. Muchos viajeros y caminantes narran haber visto a un soldado pararse en la esquina, con su uniforme manchado de pólvora y su bayoneta al hombro. El muerto prefiere las noches para pasear y mirar desde el más allá a los transeúntes que crucen la calle.







Esquina del Gují

En el siglo xvii vivió en Caracas un zapatero llamado Carrasquero. Eran tiempos de oscuridad y la Iglesia prohibía libros y fiestas. Sin embargo, aquel zapatero era un personaje extraño y ocurrente. Tenía conocimientos de astrología y predecía tragedias; para la época, era un vidente, un ser mágico. Pero el negocio de los zapatos no daba mucho dinero y la comida era escasa. Así que Carrasquero comenzó a usar sus poderes para ver muertos y fantasmas que le revelaban un mundo lleno de riquezas. Según aquel zapatero, Caracas estaba llena de tesoros enterrados, baúles llenos de oro y plata dejados en el olvido por piratas y familias ricas. Todas las mañanas esperaba la oportunidad para encontrar alguno. Las ánimas en pena merodeaban por los montes y caminos, señalando los lugares alejados y oscuros. La casa de nuestro vidente tenía por compañero un brillante árbol de cují que le regalaba una fresca sombra en los días soleados.

Una noche, Carrasquero vio un muerto caminando cerca del árbol, aquel espectro era una señal del más allá, y aunque el muerto no le dijo nada, los poderes del zapatero fueron suficientes para entender que cerca del árbol había un tesoro.

Al otro día, se fue al Convento de San Jacinto y le contó la historia a un monje amigo. Le dijo que era un tesoro grande y que eso lo iba a hacer rico. El monje se ofreció a ayudarlo y lo invitó a bajar al sótano del convento cuando fueran las doce de la noche. Carrasquero hizo lo que el monje le indicó y a la medianoche volvió. Antes de bajar al sótano, tomó una cruz y su compadre le dio una triste vela para guiarse en el camino. Al llegar, vio entre las sombras una figura encapuchada que lo interrogó. El zapatero nervioso le preguntó sobre el tesoro y el espectro lo envió a cavar cerca del árbol en dirección al nor-orienté. Temblando, el pobre Carrasquero subió de

nuevo por las escaleras, y allí lo encontró desmayado el monje. Al volver en sí, narró lo que había visto y escuchado del muerto. El monje le dijo que dejara tranquilo el entierro, que él se encargaba de todo. El zapatero regresó a su casa, y con los labios congelados del miedo se acostó a dormir. En el convento, el monje se reía recordando como se escondió en el sótano y se hizo pasar por espectro.

Del tesoro no se supo más nada, Carrasquero siguió remendando y arreglando tacones. El cují pasó a la historia por su frondosidad y belleza. Con el tiempo, otros caraqueños y soñadores buscaron sin éxito la fortuna. Pero la esquina guardó para la historia su nombre y, en sus entrañas, el entierro.



Bibliografía consultada

Clemente Travieso, Carmen. (2004). *Las esquinas de Caracas*. Caracas: Ediciones El Nacional.

De Oviedo y Baños, José. (2004). *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

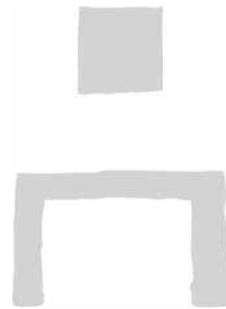
Nazoa, Aquiles. (2004). *Caracas física y espiritual*. Caracas: Editorial Panapo.

Núñez, Enrique Bernardo. (2005). *La ciudad de los techos rojos (selección)*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Índice

Historia de la conquista de Caracas	9
Esquina de La Torre	21
Esquina de Sociedad	25
Esquina El Chorro	27
Esquina de Cipreses	31
Esquina de Gradillas	33
Esquina de Principal	35
Esquina de Miguelacho	39
Esquina de Traposos	43
Esquina de Las Monjas	45
Esquina de Madrices	49

Esquina de Romualda	51
Esquina de La Marrón	55
Esquina de San Pablo	57
Esquina de La Pelota	61
Esquina El Muerto	63
Esquina del Cují	67
Bibliografía consultada	69



5.000 ejemplares
Este libro se terminó de imprimir en
la Fundación Imprenta de la Cultura
en el mes de junio de 2015
Guarenas - Venezuela

La primera Caracas y sus esquinas históricas

Caracas, la odalisca rendida a los pies del sultán, la ciudad de los techos rojos, la del eterno clima primaveral, es también la ciudad de las esquinas. El caraqueño y todo el que viene de fuera para asentarse en este valle de combativa historia y doloroso e ilustre origen, aprende, se familiariza, se guía a través de nombres variopintos que van desde la “Esquina El Muerto” hasta la “Esquina de La Pelota”, conformando con la ciudad una relación geográfica y sentimental única. Asistamos en esta selección al encuentro con estas esquinas cargadas de historias, leyendas y tiempos. Recorramos en estas páginas parte de Caracas, a la vez que avanzamos internamente. Todo el que viaja se recorre a sí mismo.

Edgar Abreu (Trujillo – Venezuela, 1987)

Estudió Artes Plásticas en la Escuela Técnica Cristóbal Rojas. Ha formado su gusto por la creación desde muy temprana edad y ha participado en varios talleres literarios a nivel nacional. Se desempeña como investigador y editor en el área de creaciones para niños y jóvenes. Estudia Comunicación Social. Le gusta el deporte, la música y el cine.

Adriana Palencia (Caracas, 1979)

Diseñadora gráfica e ilustradora. Cursó estudios de Artes Plásticas en la Escuela Técnica Cristóbal Rojas. Posteriormente, continuó en el Instituto Universitario de Estudios Superiores de Artes Plásticas Armando Reverón (Luesapar), mención Escultura. Actualmente, está culminando sus estudios de Comunicación Visual mención Diseño Gráfico, en el Instituto Darias. Esta es su primera publicación ilustrada para la Fundación Editorial El perro y la rana.



**Gobierno Bolivariano
de Venezuela**

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

